

Perspectivas de la evolución mundial

León Trotsky

28 de julio de 1924

(Versión al castellano desde “Des perspectives de l'évolution mondiale”, en *Europe et Amérique. Où va l'Angleterre?*, Éditions Anthropos, París, 1971, páginas 7-49; reproducción de la edición de la Librairie de l'Humanité, 1926)

<i>Postulados de la revolución proletaria</i>	1
<i>Los diez últimos años (1914-1924)</i>	3
<i>Fascismo, democracia, kerenskismo</i>	5
<i>¿De qué depende la suerte del reformismo europeo?</i>	6
<i>El imperialismo “pacífico” de los Estados Unidos</i>	8
<i>El plan de Estados Unidos: poner a régimen a Europa</i>	10
<i>El imperialismo norteamericano y la socialdemocracia europea</i>	10
<i>Los Estados Unidos y Gran Bretaña</i>	13
<i>Las perspectivas de guerra y revolución</i>	17

Postulados de la revolución proletaria

Han transcurrido diez años desde principios de la guerra imperialista. Durante esa década el mundo ha cambiado considerablemente, pero bastante menos de lo que suponíamos y dábamos por descontado hace diez años. Consideramos a la historia desde el punto de vista de la revolución social. Ese punto de vista es teórico y práctico al mismo tiempo. Analizamos las condiciones de la evolución tal y como se forman al margen de nosotros, e independientemente de nuestra voluntad, a fin de comprenderlas y actuar sobre ellas con nuestra voluntad activa, es decir con nuestra voluntad de clase organizada. En nuestra forma marxista de abordar la historia estos dos aspectos están indisolublemente ligados. Si uno se limita a constatar lo que pasa, se llega, en definitiva, al fatalismo y a la resignación frente al curso de los acontecimientos. Por otra parte, si uno se limita a la actividad, a la voluntad revolucionaria, se corre el riesgo de caer en el subjetivismo, que comporta un gran número de variedades: el anarquismo es una de ellas, el socialismo-revolucionario de izquierda otra; por fin, los fenómenos que se producen en el mismo comunismo, y que Lenin ha calificado de “enfermedad infantil de izquierda”, son achacables al subjetivismo. Todo el arte de la política revolucionaria consiste en saber aliar la constatación objetiva y la reacción subjetiva. En eso consiste la esencia de la doctrina leninista.

He dicho que abordamos la historia desde el punto de vista de la revolución que debe transmitir el poder a manos de la clase obrera para la refundación comunista de la sociedad. ¿Cuáles son los postulados de la revolución social, bajo qué condiciones puede ésta surgir, desarrollarse y vencer? Estos postulados son muy numerosos pero se los puede reunir en tres, e incluso en dos grupos: los postulados objetivos y los postulados subjetivos.

Los postulados objetivos descansan sobre un nivel determinado del desarrollo de las fuerzas productivas. (Esta es una cosa elemental pero no es gratuito volver de vez en cuando al “alfabeto”, a los fundamentos del marxismo, a fin de llegar, con la ayuda del antiguo método, a las nuevas conclusiones que impone la situación actual). Así pues, el postulado capital de la revolución social es un nivel determinado de desarrollo de las fuerzas productivas, un nivel en el que el socialismo, después el comunismo, ofrecen avances materiales como modo de producción y distribución de los bienes. Es imposible edificar el comunismo, o incluso el socialismo, en el campo, donde todavía reina el arado. Se necesita cierto desarrollo técnico.

Ahora bien, ese nivel de desarrollo ¿se ha alcanzado ya en el conjunto del modo capitalista? Sí, incontestablemente sí. ¿Qué lo demuestra? Que las grandes empresas capitalistas, los trust, los sindicatos, triunfan en el mundo entero sobre las pequeñas y medianas empresas. Así pues, una organización económica social que se apoyase únicamente en la técnica de las grandes empresas, que estuviera construida sobre el modelo de los trust y sindicatos, pero sobre las bases de la solidaridad, que se hubiese extendido a una nación, a un estado, después al mundo entero, ofrecería avances materiales enormes. Este postulado existe desde hace mucho tiempo.

Segundo postulado objetivo: es preciso que la sociedad esté dividida de forma que exista una clase interesada en la revolución socialista, y que esta clase sea lo bastante numerosa e influyente desde el punto de vista de la producción como para hacer por sí misma esa revolución. Pero esto no es suficiente. Hace falta, además, que esa clase (y aquí pasamos al postulado subjetivo) comprenda la situación, que desee conscientemente el cambio del antiguo orden de cosas, que a su cabeza tenga a un partido capaz de dirigirla en el momento del golpe de fuerza y de asegurarle la victoria. Por otra parte, esto presupone determinado estado de la clase burguesa dirigente, que debe haber perdido su influencia sobre las masas populares, que sus propias filas se resquebrajen, que haya perdido su seguridad. Ese estado de la sociedad representa precisamente una situación revolucionaria. Solo sobre bases sociales de producción determinadas pueden surgir las premisas psicológicas, políticas y orgánicas para la realización de la insurrección y para su victoria.

El segundo postulado, división en clases, dicho de otra forma: papel e importancia del proletariado en la sociedad ¿existe? Sí, existe ya desde hace décadas. Esto lo demuestra mejor que nada el papel del proletariado ruso que, sin embargo, es de formación relativamente reciente. El último postulado subjetivo: en el proletariado europeo la conciencia de su situación dentro de la sociedad, una organización y educación apropiadas, un partido capaz de dirigirla. He ahí lo que ha faltado. En numerosas ocasiones nosotros, marxistas, hemos dicho que, a pesar de todas las teoría idealistas, la conciencia de la sociedad marcha en retraso respecto a su desarrollo, y hemos tenido una resplandeciente prueba de ello en la suerte del proletariado mundial. Las fuerzas productivas están ya maduras para el socialismo desde hace mucho tiempo. El proletariado ejerce un papel económico decisivo desde hace mucho tiempo, al menos en los países capitalistas más importantes. De ese proletariado depende todo el mecanismo de la producción y, en consecuencia, de la sociedad. Lo que falta es el último factor subjetivo: la conciencia se retrasa respecto a la vida.

La guerra imperialista ha sido el castigo histórico por ese retraso sobre la vida pero, por otra parte, le ha dado al proletariado un fuerte impulso. Se produjo porque el proletariado no estuvo en condiciones de prevenirla pues todavía no había llegado a conocerse dentro de la sociedad, a organizarse y asignarse la tarea de la toma del poder y llevarla a cabo. Al mismo tiempo, la guerra imperialista, que fue un castigo no por un

error sino por una desgracia del proletariado, se iba a convertir en un potente factor revolucionario.

La guerra demostró la necesidad profunda, urgente, de un cambio del régimen social. Ya mucho antes de la guerra el paso a una economía socialista representaba considerables ventajas; dicho de otra forma, sobre bases socialistas las fuerzas productivas se hubieran desarrollado mucho más que sobre las bases capitalistas. Pero, incluso sobre la base del capitalismo, las fuerzas productivas crecían rápidamente antes de la guerra, no solamente en Norteamérica sino, también, en Europa. En esto consistía la “justificación” relativa de la existencia del capitalismo mismo. Desde la guerra imperialista, el cuadro es completamente diferente: las fuerzas productivas, lejos de crecer, disminuyen. Y no puede tratarse ahora de reparar las destrucciones sino de continuar desarrollando las fuerzas productivas. Estas últimas, más aún que antes, están encerradas en el marco de la propiedad individual y en el marco de los estados creados por la paz de Versalles. El hecho que la progresión de la humanidad sea ahora incompatible con la existencia del capitalismo ha sido probado incontestablemente por los acontecimientos de los últimos diez años. En este sentido, la guerra ha sido un factor revolucionario. Pero no solamente en este sentido. Trastornando implacablemente toda la organización de la sociedad, ha expulsado de la conciencia de las masas trabajadoras el conservadurismo y la tradición. Hemos entrado en la época de la revolución.

Los diez últimos años (1914-1924)

Si se aborda desde este punto de vista la última década se ve que se divide en numerosos períodos claramente diferenciados. El primero es el de la guerra imperialista, que abarca más de cuatro años (en cuanto a Rusia un poco más de tres). En febrero y, particularmente, en octubre de 1917, comienza un nuevo período. Es el periodo de liquidación revolucionaria de la guerra. Los años 1918-1919 y una parte del año 1920 (por lo menos en lo que atañe a algunos países) estuvieron completamente colmados por la liquidación de la guerra imperialista y la espera de la revolución proletaria en toda Europa. Asistimos entonces a la Revolución de Octubre en Rusia, al derrocamiento de las monarquías en los imperios centrales, a un potente movimiento proletario en toda Europa e incluso en Norteamérica. Las últimas oleadas de esta tempestad revolucionaria fueron la insurrección de septiembre en Italia y los acontecimientos de marzo de 1921 en Alemania. La insurrección de septiembre de 1920 en Italia casi coincide con la ofensiva del Ejército Rojo sobre Varsovia que, ésta también, formaba parte constitutiva de la corriente revolucionaria y que reflujo con esta última. Se puede decir que esta época de presión revolucionaria *directa* de posguerra terminó con la explosión de marzo de 1921 en Alemania. Hemos vencido en la Rusia zarista donde el proletariado detenta ahora el poder. Las monarquías de la Europa Central han sido derrocadas casi sin combate. Pero el proletariado no se ha adueñado del poder en ninguna parte salvo en Hungría y Baviera, donde solo lo pudo conservar muy poco tiempo.

Entonces podría parecer, y se lo parece en realidad a nuestros enemigos, que se abría una época de restauración del equilibrio capitalista, de curación de las heridas infligidas por la guerra imperialista y de consolidación de la sociedad burguesa.

Desde el punto de vista de nuestra política revolucionaria, este nuevo periodo comienza con una retirada. Esta retirada la proclamamos oficialmente, no sin una seria lucha interna, en el III Congreso¹ de la Internacional Comunista, hacia mediados del año

¹ Ver en *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Tesis, manifiestos y resoluciones*, en estas EIS.

1921. Constatamos entonces que el primer impulso consecutivo a la guerra imperialista había sido insuficiente para la victoria pues entonces no existía en Europa ningún partido dirigente capaz de asegurarla, y que el último gran acontecimiento de este período trienal, la insurrección de marzo en Alemania, estaba preñado de peligros y mostraba claramente que si el movimiento continuaba por esa vía corría el riesgo de destruir al joven partido de la Internacional Comunista. El III Congreso gritó: “¡hacia atrás! Retrocedamos del frente de batalla al que nuestros partidos europeos se han visto empujados por los acontecimientos de posguerra”. Entonces comenzó la época de la lucha por la influencia sobre las masas, el período de encarnizado trabajo de agitación y organización bajo la consigna del frente proletario único, después bajo el del frente obrero y campesino único. Ese período ha durado alrededor de dos años. Y, durante ese corto espacio de tiempo, ha habido tiempo para que se elaborase una mentalidad adaptada a un medido trabajo de agitación y propaganda. Podría parecer que los acontecimientos quedaban retrasados para un futuro indeterminado pero bastante lejano. Sin embargo, en la segunda parte de este período, Europa se ha estremecido de nuevo con la sacudida del Ruhr.

En primer lugar, la ocupación del Ruhr podía parecer un episodio poco importante para la Europa ensangrentada y agotada, que había atravesado cuatro años de la más horrible guerra. En el fondo, esta ocupación fue como una corta repetición de la guerra imperialista. Los alemanes no se resistieron, pues no podían hacerlo, y los franceses invadieron la región industrial sobre la que pivotaba la economía alemana. A consecuencia de ello, Alemania y, hasta cierta medida, el resto de Europa, se encontraron de alguna forma en estado de guerra. La economía alemana y, de rebote, la economía francesa se vieron desorganizadas.

Cinco años después que la guerra imperialista hiciese tambalearse al mundo entero, levantase a las capas más retardatarias de los trabajadores pero sin llevarlas a la victoria, la historia hizo en cierta forma una nueva experiencia, un nuevo examen. Parecía decir: voy a ofrecer una corta repetición de la guerra imperialista. Haré que se tambalee en sus fundamentos la economía ya profundamente desquiciada de Europa y os ofreceré, a vosotros proletarios, partidos comunistas, la posibilidad de recuperar el tiempo perdido durante estos últimos años. En 1923, en efecto, la situación en Alemania evolucionó brusca y radicalmente hacia la revolución. La sociedad burguesa estaba sacudida hasta sus cimientos. El presidente del consejo de ministros, Stresemann, declaró abiertamente que estaba a la cabeza del último gobierno burgués de Alemania. Los fascistas dijeron: “Que, los comunistas suban al poder y después llegará nuestro turno.” El estado alemán está completamente desamparado. No se recuerda ni el hundimiento del marco ni la suerte de la economía alemana durante ese período. Las masas afluyen espontáneamente al partido comunista. La socialdemocracia, que actualmente es la principal fuerza al servicio de la antigua sociedad, está escindida, debilitada, ya no confía en sí misma. Los obreros desertan de sus filas. Y ahora, cuando se considera este período que abarca casi todo el año 1923, particularmente el segundo semestre, tras el cese de la resistencia pasiva, se dice: la historia no ha creado jamás ni probablemente jamás creará condiciones más favorables para la revolución del proletariado y la toma del poder. Si se les pide a nuestros jóvenes sabios marxistas que imaginen una situación más favorable para la toma del poder por el proletariado creo que no lo lograrían, con la condición, evidentemente, que operen con datos reales y no con datos fantasiosos. Pero ha faltado una cosa. El partido comunista no estaba lo bastante templado, no fue lo bastante clarividente, resuelto y combativo, como para asegurar la intervención en el momento necesario y la victoria. Y, con este ejemplo, aprendemos de nuevo a comprender el papel e importancia de una dirección justa del

partido comunista, dirección que, desde el punto de visto histórico, es el último factor, pero que por la importancia que reviste está lejos de ser el último factor de la revolución proletaria.

El fracaso de la revolución alemana marcó un nuevo período en el desarrollo de Europa y, en parte, del mundo entero. Hemos caracterizado este nuevo período como el período de la llegada al poder de los elementos democrático pacifistas de la sociedad burguesa. Los fascistas han cedido el lugar a los pacifistas, a los demócratas, a los mencheviques, a los radicales y a otros partidos pequeñoburgueses. Ciertamente, si la revolución hubiese triunfado en Alemania, todo el capítulo histórico que hojeamos ahora habría tenido un contenido muy diferente. Si incluso, en Francia, el gobierno Herriot ha llegado al poder, no hubiese tenido la misma fisonomía y su existencia hubiese sido mucho más corta, aunque no respondo de su estabilidad. Lo mismo vale para Mac Donald y todo el resto de variedades del tipo democrático-pacifista.

Fascismo, democracia, kerenskismo

Para comprender el cambio que se ha producido hay que saber qué es el fascismo y qué es el reformismo pacifista, que a veces se llama *kerenskismo*. Ya he ofrecido una definición de esos conceptos corrientes pero la repetiré pues, sin una comprensión justa del fascismo y del neorreformismo, se tiene inevitablemente una perspectiva política falsa.

Según el país, el fascismo puede tener aspectos diversos, una composición social diferente, es decir que puede reclutarse entre grupos diferentes; pero esencialmente es el agrupamiento combativo de las fuerzas que la sociedad burguesa amenazada hace surgir para rechazar al proletariado en la guerra civil. Cuando el aparato estatal democrático-parlamentario se enreda en sus propias contradicciones internas, cuando la legalidad burguesa es una traba para la misma burguesía, esta última pone en acción a los elementos más combativos de los que dispone, los libera de los frenos de la legalidad, les obliga a actuar con todos los métodos de destrucción y terror. Esto es el fascismo. Así pues, para la burguesía el fascismo es el estado de guerra civil, que reúne a sus tropas, igual que el proletariado agrupa sus fuerzas y a sus organizaciones para la insurrección armada en el momento de la toma del poder. En consecuencia, el fascismo no puede tener una larga duración; no puede ser un estado normal de la sociedad burguesa, igual que el estado de insurrección armada no puede ser el estado constante, normal, del proletariado. O bien la insurrección, enfrentándose al fascismo, lleva a la derrota del proletariado, y entonces la burguesía restaura progresivamente su aparato estatal normal; o bien el proletariado sale vencedor, y entonces no hay lugar para el fascismo pero por otros motivos. Como sabemos gracias a nuestra experiencia, el proletariado vencedor dispone de medios eficaces para impedirle al fascismo que exista y, con más motivos, que se desarrolle. Así pues, el reemplazamiento del fascismo por el “orden” normal burgués estaba predeterminado por el hecho que los ataques del proletariado, tanto la primera (1818-1919) como la segunda vez (1923), han sido rechazados. La burguesía resistió y recuperó la confianza hasta cierto punto. Hoy en día no está bastante directamente amenazada en Europa como para armar y poner en acción a los fascistas. Pero no se siente lo bastante sólidamente cómoda como para gobernar personalmente. He ahí por qué es necesario el menchevismo entre dos actos del drama histórico. El gobierno Mac Donald le es necesario a la burguesía en Inglaterra. El Bloque de las Izquierdas aún le es más necesario en Francia.

Sin embargo ¿se puede considerar al gobierno laborista y al Bloque de las Izquierdas como al régimen del *kerenskismo*? Le dimos condicionalmente esta

denominación al reformismo del que esperábamos el advenimiento hace alrededor de tres años, cuando dábamos por descontado la coincidencia de la evolución parlamentaria a izquierda en Francia e Inglaterra con los cambios revolucionarios en Alemania. Esta coincidencia no se ha producido a causa de la derrota de la revolución alemana en octubre del año pasado. Hablar ahora de kerenskismo a propósito del Bloque de las Izquierdas o del gobierno Mac Donald, es demostrar falta de inteligencia de la situación.

¿Qué es el kerenskismo? Es un régimen en el que la burguesía, no confiando ya, o no confiando todavía, en vencer en la guerra civil abierta, hace las más extremas y arriesgadas concesiones y transmite el poder a los elementos más a la “izquierda” de la democracia burguesa. Es el régimen en el que el aparato de represión se le escapa de hecho de las manos a la burguesía. Está claro que el kerenskismo no podría ser un estado social durable. Debe terminarse, sea con la victoria de los kornilovianos (es decir de los fascistas en Europa), sea con la de los comunistas. El kerenskismo es el prelude directo de Octubre, aunque evidentemente Octubre no deba necesariamente surgir del kerenskismo en todos los países...

¿Se puede calificar de kerenskismo al régimen de Mac Donald o del Bloque de las Izquierdas? No. La situación en Inglaterra no es en absoluto la que había en Rusia en el verano de 1917. Las fuerzas del partido comunista inglés no permiten contemplar la próxima toma del poder. Puesto que esto es así, no existe base tampoco para el kornilovismo. Es verosímil que Mac Donald ceda el lugar a los conservadores o a los liberales. En Francia, el estado del aparato estatal y de las fuerzas del partido comunista no permite suponer que el régimen del Bloque de las Izquierdas evolucione directa y rápidamente hacia la revolución proletaria. La concepción del kerenskismo está evidentemente, en la ocasión, fuera de lugar. Sería necesario un serio giro en los acontecimientos para que se pudiese hablar de kerenskismo.

En consecuencia, se nos plantea ahora un interrogante capital: ¿Qué es este período actual de reformismo? ¿Qué bases tiene? ¿Este régimen puede consolidarse, puede devenir un estado normal durante una serie de años, lo que implicaría evidentemente un correspondiente retraso de la revolución proletaria? Esta es la cuestión cardinal del momento presente. Como ya he dicho, no puede ser resuelta únicamente sobre el terreno subjetivo, es decir según nuestros deseos, según nuestras ganas de cambiar la situación. Y, en la ocasión, como siempre, el análisis objetivo, la apreciación de lo que es, de lo que cambia, de lo que deviene, debe ser el postulado de nuestra acción. Tratemos pues de abordar la cuestión desde ese punto de vista.

¿De qué depende la suerte del reformismo europeo?

En los principales países europeos están ahora en el poder los reformistas. El reformismo presupone determinadas concesiones por parte de las clases poseedoras a las clases no poseedoras, algunos “sacrificios” modestos del estado burgués a favor de la clase obrera. ¿Se puede pensar que en la Europa actual, incomparablemente más pobre que antes de la guerra, existe una base económica para amplias y profundas reformas sociales? Los mismos reformistas, al menos en el continente, hablan muy poco de las reformas. Si se contemplan “reformas sociales” es más bien en el campo burgués: desde él se propone suprimir la jornada de ocho horas, o al menos aplicarle correctivos que la hagan inexistente de hecho. Pero hay una cuestión práctica que tiene afinidades con las “reformas” y que es una cuestión de vida o muerte para los obreros europeos, y ante todo para los obreros de Alemania, Austria, Hungría, Checoslovaquia, Polonia e, incluso, Francia. Esta cuestión es la de la estabilización del cambio de monedas. La estabilización de la moneda fiduciaria, marco, corona o franco, entraña la de los salarios

y les impide depreciarse. Esta es una cuestión capital para todo el proletariado de la Europa continental. Es indudable que los éxitos relativos, y esencialmente precarios, obtenidos en la estabilización de la moneda son una de las principales bases de la era reformista pacifista. Si se hundiese el marco en Alemania la situación revolucionaria se presentaría integralmente, y si el franco francés continúa hundiéndose, como lo hizo hace unos meses, la suerte del gobierno Herriot sería todavía más problemática que ahora.

El interrogante del neorreformismo que se nos plantea debe ser formulado, en consecuencia, así: ¿sobre qué se basa la esperanza de una consolidación, de un equilibrio económico relativo y temporal y, en particular, la esperanza de la estabilización de la moneda y de los salarios? ¿Qué permite abrigar estas esperanzas y en qué medida éstas tienen fundamentos? Este interrogante nos lleva a considerar el factor capital de la historia contemporánea de la humanidad: los *Estados Unidos*. Queremos razonar sobre la suerte de Europa y del proletariado mundial sin tener en cuenta la fuerza e importancia de los Estados Unidos, es, en cierto sentido, calcular sin tener en cuenta al dueño. Pues el dueño de la humanidad capitalista es Nueva York y Washington, es el gobierno norteamericano. Lo vemos ahora, por ejemplo, en el plan de los expertos. Europa, ayer todavía tan potente, tan orgullosa de su cultura y de su pasado histórico, ahora, para salir del impasse, de las contradicciones y de las desgracias que ella misma ha atraído sobre sí, debe hacer llegar de más allá del Atlántico a un general Dawes, que puede que no sea muy inteligente, incluso puede que carezca de inteligencia. Este hombre llega, se sienta a la mesa como árbitro soberano e incluso, como dicen algunos, pone sus pies sobre la mesa y establece un marco exacto de los modos y plazos de restauración de Europa. Después, presenta ese marco a los gobiernos europeos para que se ajusten a él. Se ajustan. Hughes, el ministro norteamericano de asuntos extranjeros, hace un viaje no oficial a Europa y durante ese tiempo Mac Donald y Herriot organizan una conferencia archioficial. Tras la conferencia, en los pasillos, está Hughes que exige y ordena. ¿Por qué? Porque tiene la fuerza. ¿En qué consiste esa fuerza? En el capital, en la riqueza, en una pujante economía formidable². El desarrollo anterior de Europa y del mundo entero se efectuaba, en considerable medida, bajo la dirección de Inglaterra. Primero, Inglaterra supo utilizar ampliamente el carbón y el hierro y, en consecuencia, asegurarse durante mucho tiempo la dirección del mundo. En otras palabras, realizó políticamente su preponderancia económica y sacó partido en sus relaciones internacionales. Dominaba Europa oponiendo un país a otro, consintiendo o

² El 22 de julio, es decir muy recientemente, Hughes pronunció ante una asamblea de ministros y juristas ingleses, un discurso que no tenía nada de oficial según él. En un tono irónico habló sobre los europeos que van a Norteamérica para instruir, aconsejar y persuadir a los yanquis, y sobre todo buscar su simpatía y ayuda. Después se puso a mostrar cómo los pueblos europeos pueden obtener el concurso y ayuda de los Estados Unidos. “El hemisferio occidental (América del Norte y América del Sur) ofrece un modelo de paz” Parece ser que los norteamericanos han sabido hacer aquello que Europa no ha logrado hacer. “Nuestras relaciones con Canadá son un modelo de paz... Sabemos, casi con tanta seguridad como que los planetas se mueven en sus órbitas, que conservaremos la paz con Canadá.” Con otras palabras, si vosotros, ingleses, decidís alguna vez hacernos la guerra, sabed muy bien que vuestra colonia de Canadá estará con nosotros contra vosotros... “Conocéis el plan Dawes...” y estáis obligados a aceptarlo pues si no satisfacéis a los accionistas norteamericanos todas vuestras conversaciones no llegarán a nada. “Mi certeza de que se llegará a superar todas las dificultades existentes se basa en el hecho que un fracaso entrañaría el caos más completo.” Dicho de otra forma: si os resistís, os abandonaremos y Europa perecerá sin nuestra ayuda. “Podéis contar...”, “debéis...”, “no debéis”, he ahí el tono de ese discurso que se ha pronunciado en una asamblea en la que participaba el heredero del trono y los ministros de Su Majestad británica y que expresa de una forma rotunda las relaciones entre Norteamérica y Europa. La prensa oficial inglesa ha rechinado de dientes, y rechinarse de dientes es un débil recurso de lucha como se sabe.

rechazando empréstitos, financiando la lucha contra la Revolución Francesa, etc. Se imponía en todo el mundo con facilidad. Pero su preponderancia en el momento de su mayor expansión no es nada en comparación con la de que dispone Estados Unidos actualmente sobre el resto del mundo, incluyendo a Inglaterra. Y esta es la cuestión capital de la historia europea y mundial. No entenderlo es ser incapaz de comprender el próximo capítulo de nuestra historia. No es casualidad que el general Dawes haya atravesado el océano, que estemos obligados a saber que se llama Dawes y que posee el título de general. Con él tiene a numerosos banqueros norteamericanos que examinan los papeles de los gobiernos europeos y declaran: no permitiremos esto, exigimos aquello. ¿Por qué ese tono autoritario? Todo el sistema de las reparaciones fracasará si Norteamérica no efectúa el primer desembolso: 800 millones de marcos oro para asegurar la moneda alemana. De Norteamérica depende la estabilización o caída del franco y, también, en menor medida, de la libra esterlina. Oro, marco, franco y libra esterlina ejercen determinado papel en la vida de los pueblos.

El imperialismo “pacífico” de los Estados Unidos

Norteamérica no se ha adentrado entera y definitivamente en la vía de una política imperialista mundial activa ahora mismo. El giro en su política se remonta a los últimos años del siglo XIX. La guerra hispano-norteamericana tuvo lugar en 1898; los Estados Unidos se apoderaron entonces de Cuba y con ello se aseguraron las llaves del canal de Panamá y, en consecuencia, una salida al Océano Pacífico, hacia China, hacia el continente asiático. En 1900, las exportaciones de productos industriales superaron a sus importaciones por primera vez en la historia de los Estados Unidos. Y así Norteamérica pudo iniciar una política mundial activa.

En 1903, Norteamérica separó de Colombia la provincia de Panamá e hizo proclamar y reconocer su independencia. En las islas Hawái se trata de lo mismo y, según parece, en las de Samoa. Cuando quiere anexionarse un territorio extranjero o meter a un país bajo su tutela organiza una pequeña revolución indígena, después interviene para pacificar el país (lo que hace ahora Dawes con la Europa arruinada por la guerra, guerra llevada adelante con la ayuda de Norteamérica). En 1903 los Estados Unidos se aseguraron así el istmo de Panamá, procedieron a la construcción del canal cuya finalización en 1914 abrió, en sentido exacto de la palabra, un nuevo capítulo en la historia de América y de todo el globo terráqueo. Los Estados Unidos han corregido radicalmente la geografía en interés del imperialismo norteamericano. Como es sabido, su industria está concentrada en la parte oriental del país, hacia el Atlántico. La parte occidental es sobre todo agrícola. Los Estados Unidos se ven atraídos principalmente por China, que cuenta con una población de 400 millones y con incalculables riquezas. A través del canal de Panamá su industria se abre hacia el occidente una vía marítima que les permite una economía de numerosos millones de kilómetros. Los años 1898, 1900, 1914 y 1920 son fechas que marcan las principales etapas de la vía del imperialismo en el que se han adentrado deliberadamente los Estados Unidos. De esas etapas, la guerra mundial ha sido la más importante. Los Estados Unidos sólo entraron en ella a última hora, esperaron tres años antes de abandonar su “neutralidad”. Mucho más, dos meses antes de su intervención, Wilson declaraba que no era cuestión que Norteamérica participase en la locura sangrienta de los pueblos europeos. Durante tres años los Estados Unidos se contentaron con convertir metódicamente en dólares la sangre de los “locos” de Europa. Pero en el momento en el que la guerra amenazaba con acabar con la victoria de Alemania, su rival más peligroso, los Estados Unidos intervinieron, y eso decidió el resultado de la lucha.

Hecho a señalar: Norteamérica alimentó la guerra con un objetivo interesado para su industria; intervino con un objetivo interesado a fin de aplastar a un temible competidor; y, sin embargo, ha conservado una sólida reputación de pacifismo. Esta es una de las paradojas de la historia, paradoja que no tiene nada de divertido para nosotros. Gracias a las condiciones especiales de Norteamérica, el imperialismo norteamericano, esencialmente brutal, implacable y rapaz, tiene la posibilidad de vestirse con el manto del pacifismo (lo que no pueden hacer los aventureros imperialistas del Antiguo Mundo). Existen razones geográficas e históricas para ello. Los Estados Unidos no necesitan mantener un ejército de tierra. ¿Por qué? Porque están separados por inmensos océanos de sus rivales. Inglaterra es una isla, y esto es uno de los factores determinantes de su carácter, al mismo tiempo que una de sus principales ventajas. Los Estados Unidos también son una vasta isla en relación al grupo de antiguas partes del mundo. Inglaterra se protege con su flota. Pero si alguien logra traspasar su frente naval es fácil de conquistar pues no representa más que una estrecha franja de tierra. ¡Pero tratad de conquistar los Estados Unidos! Es una isla que tiene al mismo tiempo todas las ventajas de Rusia, la inmensidad del territorio. Incluso sin flota, los Estados Unidos serían casi invulnerables, a consecuencia de su vasta superficie. He ahí el motivo geográfico esencial que les ha permitido encasquetarse esa máscara de pacifismo. En efecto, contrariamente a Europa y otros países, Norteamérica no tenía ejército hasta el presente. Y si llega a crear uno será porque se le ha obligado. ¿Quién le ha obligado? Los bárbaros, el káiser, los imperialistas alemanes.

La segunda razón de la reputación de pacifismo de los Estados Unidos hay que buscarla en la historia. Los Estados Unidos intervinieron en la arena mundial cuando el globo terrestre entero ya estaba conquistado, repartido y oprimido. Por ello el avance imperialista de los Estados Unidos se efectúa bajo las consignas “Libertad de los mares”, “Puertas abiertas”, etc., etc. Cuando Norteamérica está obligada a cumplir abiertamente una canallada militarista también la responsabilidad de ello, a los ojos de su población y, en cierta medida, de la humanidad entera, recae únicamente sobre los ciudadanos retardatarios del resto del mundo.

Wilson ayudó a acabar con Alemania, después llegó a Europa armado con sus catorce puntos, en los que prometía la felicidad general, la paz universal, el castigo al káiser criminal, en los que proclamaba el derecho de las naciones a disponer de sí mismas, el reino de la justicia, etc. Y, a lo largo de meses, los pequeños burgueses, e incluso una gran parte de los obreros europeos, creyeron en el evangelio de Wilson. Este profesor de provincias, representante del capital norteamericano, que se había ensuciado de sangre atizando la guerra europea, apareció en Europa como el apóstol del pacifismo y de la reconciliación. Y todos dijeron: Wilson traerá la paz, Wilson restaurará Europa. Pero Wilson no logró a la primera obtener aquello que ha venido ahora a realizar el general Dawes con su escolta de banqueros y, ofendido, le dio la espalda a Europa y se volvió a su casa. ¡Cuáles no fueron entonces los clamores de los demócratas-pacifistas y de los socialdemócratas contra la locura de la burguesía europea que no había querido entenderse con Wilson y no había sabido lograr la pacificación y felicidad de Europa!

Wilson fue descartado. El Partido Republicano accedió al poder. Norteamérica atravesó entonces un período de prosperidad comercial e industrial basado casi únicamente en el mercado interno, es decir en un equilibrio temporal entre la industria y la agricultura, entre el este y el oeste del país. Esta prosperidad no duró más que dos años: acabó en 1923. Pero desde la última primavera se han mostrado indicios indudables de una crisis comercial e industrial precedida, por otra parte, por una fuerte crisis agraria que ha golpeado cruelmente a las regiones agrícolas del país. Y, como siempre, esta crisis le ha dado al imperialismo un nuevo impulso vivificador. El capital

financiero de los Estados Unidos ha enviado a sus representantes a Europa para acabar la obra comenzada durante la guerra imperialista y continuada por la paz de Versalles, es decir la puesta bajo tutela económica de Europa.

El plan de Estados Unidos: poner a régimen a Europa

¿Qué quiere el capital norteamericano? ¿A qué tiende? Se dice que busca la estabilidad. Quiere restablecer el mercado europeo en beneficio propio, quiere devolverle a Europa su capacidad de compra. ¿De qué forma? ¿Dentro de qué límites? En efecto, el capital norteamericano no puede querer convertir a Europa en un competidor. No puede admitir que Inglaterra y, con más razón, Alemania y Francia recuperen sus mercados mundiales porque para él mismo están encogidos, porque exporta productos y se exporta a sí mismo. Trata de adueñarse del mundo, quiere instaurar la supremacía de Norteamérica sobre nuestro planeta. ¿Qué tiene que hacer frente a Europa? Se dice que debe pacificarla. ¿Cómo? Bajo su hegemonía. ¿Qué significa eso? Que deber permitir que Europa se recupere pero dentro de límites muy determinados, concederle sectores determinados, restringidos, del mercado mundial. El capital norteamericano dirige ahora a los diplomáticos. Se prepara para dirigir también a los bancos y trust europeos, a toda la burguesía europea. A eso es a lo que tiende. A los financieros y a los industriales les asignará sectores determinados del mercado. Reglamentará su actividad. En una palabra, quiere poner a régimen a la Europa capitalista, dicho de otro modo, quiere indicarle cuántas toneladas de litros, de quilos, de tal o tal otra materia prima tiene derecho a comprar o a vender. En las tesis para el III Congreso de la IC ya escribíamos que Europa se ha balcanizado. Esta balcanización prosigue ahora. Los estados de los Balcanes siempre han tenido un protector en la persona de la Rusia zarista o de Austria-Hungría, que les imponían los cambios en su política, sus gobiernos, o incluso sus dinastías (Serbia). Ahora Europa se encuentra en una situación análoga frente a los Estados Unidos y, en parte, frente a Gran Bretaña. A medida que se desarrollen sus antagonismos, los gobiernos europeos irán a buscar ayuda y protección a Washington y Londres; los cambios de partidos y gobiernos estarán determinados en última instancia por la voluntad del capital norteamericano que le indicará a Europa cómo debe beber y comer... El racionamiento, lo sabemos por experiencia, no siempre es agradable. Ahora bien, la ración estrictamente limitada que establecerán los norteamericanos para los pueblos de Europa también se aplicará a las clases dominantes no solamente de Alemania y Francia sino, también, finalmente, de Gran Bretaña. Inglaterra debe tener en cuenta esa eventualidad. Pero ahora se dice que Norteamérica marcha junto a Inglaterra; se ha formado un bloque anglosajón; el antagonismo esencial del mundo es el que divide a Norteamérica y Japón. Hablar así es demostrar la incomprensión de la situación. El antagonismo capital del mundo es el antagonismo anglonorteamericano. Esto es lo que mostrará cada vez más claramente el futuro.

El imperialismo norteamericano y la socialdemocracia europea

Pero antes de abordar esta cuestión importante, examinemos cuál es el papel que le reserva el capital norteamericano a los radicales y mencheviques europeos, la socialdemocracia en esta Europa que se verá sometida a régimen.

La socialdemocracia está encargada de preparar esta nueva situación, es decir de ayudar políticamente al capital norteamericano a poner a régimen a Europa. ¿Qué hace en estos momentos la socialdemocracia alemana y francesa, que hacen los socialistas de

toda Europa? Se educan, y esfuerzan en educar a las masas obreras, en la religión del norteamericanismo; dicho de otra forma, hacen del norteamericanismo, del papel del capital norteamericano en Europa, una nueva religión política. Se esfuerzan en persuadir a las masas trabajadoras de que Europa no podrá mantenerse en pie sin el capital norteamericano, esencialmente pacificador, sin los empréstitos de Norteamérica. Se oponen a su burguesía, como los social-patriotas alemanes, no desde el punto de vista de la revolución proletaria, ni incluso para obtener reformas, sino para mostrar que esa burguesía es intolerable, egoísta, chovinista e incapaz de entenderse con el capital norteamericano pacificador, humanitario, democrático. Esta es la cuestión fundamental de la vida política de Europa, y particularmente de Alemania. En otras palabras, la socialdemocracia europea deviene actualmente la agencia política del capital norteamericano. ¿Este es un hecho inesperado? No, pues la socialdemocracia, que era la agencia de la burguesía, en su degeneración política fatalmente tenía que convertirse en la agencia de la burguesía más fuerte, la más potente, de la burguesía de todas las burguesías, es decir de la burguesía norteamericana. Como el capital norteamericano asume la tarea de unificar, de pacificar Europa, de enseñarle a resolver las cuestiones de las reparaciones y otras, y maneja los hilos de la bolsa, la dependencia de la socialdemocracia respecto a la burguesía alemana en Alemania, de la burguesía francesa en Francia, deviene cada vez más una dependencia frente al dueño de esas burguesías. El capital norteamericano es ahora el patrón de Europa. Y es natural que la socialdemocracia caiga políticamente bajo la dependencia del patrón de sus patronos. Este es el hecho esencial para entender la situación actual de la política de la II Internacional. No darse cuenta de ello es no poder entender los acontecimientos de hoy en día ni los de mañana, es no ver más que la superficie de las cosas y quedar satisfecho con frases generales.

La socialdemocracia prepara el terreno al capital norteamericano, se convierte en su mensajero, habla de su papel salvador, le abre la vía, lo acompaña en sus deseos, lo glorifica. Este no es un trabajo de poca importancia. Antes, el imperialismo se abría vía mediante misioneros, a los que los salvajes normalmente fusilaban, a veces incluso devoraban. Para vengar sus muertes, se enviaban entonces tropas, después mercancías y administradores. Para colonizar Europa, para convertirla en su dominio, el capital norteamericano no necesita enviar misioneros. Ya tiene en el lugar a un partido cuya tarea es predicar a los pueblos el evangelio de Wilson, el evangelio de Coolidge, las Santas Escrituras de las bolsas de Nueva York y Chicago. En eso consiste la misión actual del menchevismo europeo. Pero, ¡favor con favor se paga! Los mencheviques sacan de su abnegación numerosas ventajas. Así, muy recientemente, durante los períodos de guerra civil aguda, la socialdemocracia alemana ha debido asumir la defensa del ejército de su burguesía, de esa misma burguesía que marchaba mano a mano junto a los fascistas. Noske, en efecto, es una figura simbólica de la política de posguerra de la socialdemocracia alemana. Hoy en día, esta última tiene un papel muy diferente: puede permitirse el lujo de hacer oposición. Critica a su burguesía y, con ello, pone cierta distancia entre ella y los partidos del capital. ¿Cómo la critica? Tú eres egoísta, interesada, estúpida, malvada, le dice; pero más allá del Atlántico hay una burguesía rica y pujante, humanitaria, reformista, pacifista, que de nuevo viene a nosotros, que quiere darnos 800 millones de marcos para restaurar nuestra moneda y tú te levantas sobre tus espaldas, osas resistirte contra ella cuando tú has hundido a nuestra patria en la miseria. Te desenmascaramos implacablemente ante las masas populares alemanas. Y eso lo dice en un tono casi revolucionario, defendiendo a la burguesía norteamericana.

En Francia pasa lo mismo. Evidentemente, como allí la situación política es más favorable y el franco todavía no se ha depreciado, la socialdemocracia ejerce su papel a la sordina, pero en realidad hace exactamente lo mismo que la socialdemocracia alemana. El partido de Léon Blum, Renaudel, Jean Longuet, carga completamente con la responsabilidad de la paz de Versalles, de la ocupación del Ruhr. En efecto, es incontestable que el gobierno Herriot, apoyado por los socialistas, está a favor del mantenimiento de la ocupación del Ruhr. Pero en el presente los socialistas franceses tienen la posibilidad de decirle a su aliado Herriot: “Los norteamericanos exigen que evacue usted el Ruhr bajo determinadas condiciones; hágalo; ahora también lo exigimos nosotros.” No lo exigen para manifestar su voluntad y la fuerza del proletariado francés sino para subordinar la burguesía francesa a la burguesía norteamericana. No olvidéis por otra parte que la burguesía francesa debe 3.700 millones de dólares a la burguesía norteamericana. Esta es una suma importante. Norteamérica cuando quiera podrá hundir al franco. Ciertamente que no lo hará; ha venido a Europa a instaurar el orden y no a acumular ruinas. No lo hará; pero podría hacerlo si quisiera. Todo depende de ella. Por ello, ante esta enorme deuda, los argumentos de Renaudel, Blum y consortes, le parecen tan convincentes a la burguesía francesa.

Al mismo tiempo la socialdemocracia, en Alemania, Francia y otros lugares, obtiene la posibilidad de oponerse a su burguesía, de llevar adelante una política de “oposición” sobre cuestiones concretas y, con ello, ganarse la confianza de determinada parte de la clase obrera.

Mucho más, los partidos mencheviques de los diferentes países de Europa tienen ahora ciertas posibilidades de “acciones” comunes. Ya ahora la socialdemocracia europea representa una organización bastante unida. Este es, en cierta medida, un hecho nuevo. En efecto, desde hace diez años, desde el principio de la guerra imperialista, no había podido intervenir en bloque. Ahora puede hacerlo y los mencheviques intervienen para apoyar a coro a Norteamérica, a su programa, sus reivindicaciones, su pacifismo, su gran misión. También la II Internacional, ese semicadáver, se galvaniza un poco. Igual que la internacional de Ámsterdam, se recupera. Ciertamente que ya no será lo que era antes de la guerra. Ya no volverá a tener la fuerza de otros tiempos; es imposible resucitar el pasado y tachar de la historia a la Internacional Comunista, que ha sido un golpe terrible para la II Internacional. Sin embargo, esta última se esfuerza en recuperar fuerzas, en volver a ponerse en pie, en andar con las muletas norteamericanas. Durante la guerra imperialista, las socialdemocracias alemana y francesa estaban abiertamente ligadas a sus burguesías respectivas. ¿Podía existir una internacional cuando los diferentes partidos se combatían, se acusaban, se vilipendiaban unos a otros? No existía ninguna posibilidad de vestirse con la máscara del internacionalismo. En el momento de la conclusión de la paz, pasaba lo mismo. Versalles sólo fue la fijación de los resultados de la guerra imperialista en los documentos diplomáticos. ¿Había allí lugar para la solidaridad? Ciertamente no. En el período de ocupación del Ruhr pasaba lo mismo. Pero ahora el capital norteamericano llega a Europa y declara: pueblos, he aquí un plan de reparaciones; señores mencheviques, he aquí un programa. Y ese programa lo acepta la socialdemocracia como base para su actividad. Ese nuevo programa unifica a la socialdemocracia francesa, alemana, inglesa, holandesa y suiza. En efecto, cada pequeño burgués suizo confía en que su patria pueda vender más relojes cuando los norteamericanos hayan restablecido el orden y la paz en Europa. Y toda la pequeña burguesía, que se expresa a través de la socialdemocracia, vuelve a encontrar su unidad espiritual en el programa del norteamericanismo. Con otras palabras, la II Internacional tiene ahora un programa de unificación: el que le ha traído de Washington el general Dawes.

De nuevo la misma paradoja: cuando el capitalismo norteamericano interviene para una obra de rapiña tiene absolutamente la posibilidad de hacerlo haciéndose pasar por un reorganizador, por un pacificador, por un realizador de las aspiraciones humanitarias, creando al mismo tiempo una plataforma para la socialdemocracia incomparablemente más ventajosa que la plataforma nacional que adoptaba ayer mismo esta última. La burguesía nacional está ahí, todo el mundo puede verlo, mientras que el capital norteamericano está alejado, es difícil conocer sus negocios, que no siempre son los más apropiados; pero en Europa interviene en calidad de pacificador: su colosal potencia, sin precedentes en la historia, sobre todo su riqueza, se le imponen a los pequeños burgueses, a los socialdemócratas. Quiero decir de pasada que, durante este último año me he visto obligado, por mis funciones, a mantener entrevistas con algunos senadores norteamericanos de los partidos republicano y demócrata. Exteriormente son provincianos. No estoy seguro de que conozcan la geografía de Europa, creo más bien que no, pero cuando hablan de política se expresan así: “Le he dicho a Poincaré”, “Le he señalado a Curzon”, “le he explicado a Mussolini”. En Europa se sienten como en un país conquistado. Un fabricante enriquecido de leche condensada, de conservas o de otros productos, habla en un tono protector de los políticos burgueses más influyentes de Europa. Prevé que muy pronto será el amo, ya se siente el amo. Y por eso los cálculos de la burguesía inglesa, que confía en conservar su papel dirigente, se verán frustrados.

Los Estados Unidos y Gran Bretaña

El antagonismo mundial más importante es el que existe entre los intereses de los Estados Unidos y los de Inglaterra. ¿Por qué? Porque Inglaterra todavía es el país más rico y más potente tras los Estados Unidos. Es el principal rival de Norteamérica, el principal obstáculo en su vía. Si se llega a socavar la potencia de Inglaterra, a contenerla o, incluso, a derribarla, ¿qué quedará?³ Ciertamente, Estados Unidos vencerá a Japón. Tiene todos los triunfos en su mano: el dinero, el hierro, el carbón, la gasolina; tienen ventaja políticamente en sus relaciones con China, a la quieren “liberar” de Japón. Norteamérica siempre libera a alguien: en cierta forma es su profesión. Así pues, el principal antagonismo es el que divide a Estados Unidos e Inglaterra. Se agrava de día en día. La burguesía inglesa no se encuentra muy a gusto tras el Tratado de Versalles. Sabe lo que vale la moneda contante y sonante, y no puede dejar de ver que el dólar gana a la libra esterlina. Sabe que esta superioridad se traducirá infaliblemente en la política. Ella misma ha explotado a fondo la potencia de la libra esterlina en su política internacional, y ahora siente que se abre la era del dólar. Busca la forma de consolarse, de acunarse con ilusiones. Así, los diarios ingleses más serios dicen: sí, los norteamericanos son

³ En el manifiesto que el V Congreso me ha encargado escribir con ocasión del 10º aniversario de la guerra he expresado este pensamiento de la forma siguiente:

“Lentamente, pero con seguridad, el antagonismo mundial más potente busca la línea en la que los intereses del imperio británico tropiezan con los de Estados Unidos. Estos dos últimos años podía parecer que se había producido un acuerdo estable entre estos dos colosales. Pero esta apariencia de estabilidad sólo durará mientras prosiga la progresión económica de Norteamérica, basada principalmente en el mercado interno. Este período de progresión toca manifiestamente a su fin. La crisis agraria, que tiene su base en la ruina de Europa, ha sido la precursora de la crisis comercial e industrial que se aproxima. Las fuerzas productivas de Norteamérica tienen que buscar una salida cada vez más vasta en el mercado mundial. El comercio exterior de Estados Unidos no puede desarrollarse más que en detrimento del de Gran Bretaña; su flota comercial y militar sólo puede desarrollarse a expensas de la flota británica. El período de los acuerdos anglonorteamericanos dará paso a una lucha sin cuartel, creciente, que, a su vez, comportará un peligro de guerra más grande que nunca.

muy ricos, pero a fin de cuentas no son más que unos provincianos. No conocen las vías de la política mundial. Nosotros, ingleses, tenemos incomparablemente más experiencias. Los yanquis necesitan nuestros consejos, nuestra dirección, y nosotros, los ingleses, guiaremos por las vías de la política mundial a estos parientes de provincias recientemente enriquecidos (lo que no nos impedirá conservar nuestra situación dominante y, para colmo, recoger una buena comisión). Ciertamente, en esto hay una parte de verdad. Como ya he dicho, no es seguro que los senadores norteamericanos conozcan la geografía de Europa; ahora bien, para hacer grandes negocios en nuestro continente es necesario conocer la geografía. Pero ¿tan difícil le es a una clase poseedora adquirir conocimientos? Cuando la burguesía se enriquece rápidamente no le resulta nada difícil instruirse en las ciencias y las artes. Los hijos de nuestros Morozov y Mamontov se parecían casi a los lores herederos. Es a la clase oprimida, al proletariado, a quien le es difícil desarrollarse, asimilar todos los elementos de la cultura. Pero para una clase poseedora esto es cómodo, sobre todo cuando es tan opulenta como la burguesía norteamericana. Esta última encontrará, formará o comprará a especialistas en todas las ramas. El norteamericano sólo acaba de empezar a darse cuenta de su importancia mundial; en él también la “conciencia” marcha retrasada respecto a la “realidad”. Hay que considerar la cuestión no tal como se presenta ante nuestros ojos en este momento sino en su perspectiva. Por otra parte, el norteamericano no tardará en comprender enteramente su fuerza y, por tanto, su papel.

La potencia económica de Estados Unidos no se ha hecho sentir enteramente todavía, pero se hará sentir en todos los aspectos. Todo aquello de lo que dispone ahora Europa capitalista en la política mundial representa los restos de su potencia económica de ayer, de su antigua influencia mundial, que ya no se corresponde con las condiciones materiales de hoy en día. Es cierto que Norteamérica todavía no ha aprendido a aprovechar su potencia. Pero aprende rápidamente en detrimento de Europa. Durante cierto tiempo aún necesitará a Inglaterra para que la guíe por las vías de la política mundial. Pero no le hará falta mucho tiempo para igualarla y superarla en ese dominio. Una clase poseedora que asciende cambia rápidamente en su carácter, fisonomía y métodos de acción. Fijaos por ejemplo en la burguesía alemana. ¿Tanto tiempo hace que los alemanes estaban considerados como tímidos soñadores de ojos azules, como un pueblo de poetas de pensadores? Sin embargo, algunas décadas de desarrollo capitalista han sido suficientes para hacer de la burguesía alemana la clase imperialista más acorazada, más brutal y agresiva. Ciertamente que el castigo no se ha hecho esperar mucho. Y, de nuevo, el carácter del burgués alemán ha cambiado. Asimila rápidamente en la arena europea todas las costumbres y procedimientos de un perro abatido. La burguesía inglesa es más seria. Su carácter se ha formado en el curso de varios siglos. Su sentimiento de clase está profundamente anclado en ella y le será más difícil perder su mentalidad de dueña del universo. Pero los norteamericanos lo serán cuando quieran, y lo querrán muy pronto.

La burguesía inglesa se consuela vanamente pensando que dirigirá a la Norteamérica inexperta. Ciertamente que habrá un período de transición pero lo importante no es la experiencia diplomática, lo importante es la fuerza real, es el capital, es la industria. Ahora bien, Estados Unidos ocupa económicamente el primer lugar en el mundo. Su producción de objetos de primera necesidad varía de un tercio a dos tercios de la producción de la humanidad. Producen las dos terceras partes (1923 incluso el 72%) de la gasolina, que ahora ejerce un papel militar e industrial excepcional. Ciertamente que se quejan de que sus recursos de gasolina se agotan. Los primeros tiempos de posguerra yo creía que esas quejas sólo eran una forma de preparar a la opinión para un control del petróleo de los otros países. Sin embargo, los geólogos confirman que si

Norteamérica continua consumiendo gasolina en las proporciones actuales, sólo le queda para 25 o 40 años. Pero cuando expire ese plazo, gracias a su industria y a su flota, ya habrá tenido tiempo de quitarles a los otros países toda su gasolina de forma que no tiene por qué inquietarse al respecto.

La situación mundial de Estados Unidos se expresa en cifras indiscutibles. Así, la producción de trigo de Norteamérica representa la cuarta parte de la producción mundial, la de avena la tercera, la del maíz las tres cuartas partes. Estados Unidos produce la mitad del carbón mundial, la mitad del mineral de hierro, el 60% del acero, el 60% del cobre y el 47% del cinc. Su red ferroviaria representa el 37% de la red mundial. Su flota mercante, que casi no existía antes de la guerra, representa ahora más del 25% del tonelaje mundial. Por fin, Estados Unidos posee el 84% de los automóviles del mundo entero. Si ocupan el lugar relativamente modesto (14%) en la extracción de oro no hay que olvidar que, gracias a su balanza comercial activa, han concentrado el 44,2% del oro existente en el mundo. Su renta nacional es dos veces y media más considerable que la de Inglaterra, Francia, Alemania y Japón juntos. Esas cifras lo deciden todo. Le abrirán vía a Norteamérica por tierra, mar y aire.

¿Qué presagian para Gran Bretaña? Nada bueno. Significan que Inglaterra no evitará la suerte del resto de países capitalistas, que tendrá que aceptar el régimen. Pero cuando tenga que resignarse abiertamente no llamará en ayuda a Curzon, pues es demasiado intransigente, sino a Mac Donald. Los políticos burgueses ingleses jamás querrán aceptar esta humillación de su país. Se necesitará la piadosa elocuencia de Mac Donald, de Henderson, de los fabianos, para presionar a la burguesía inglesa y persuadir a los obreros ingleses: dirán “¿Vamos a guerrear contra Norteamérica? No, nosotros estamos a favor de la paz, estamos a favor de un acuerdo.” Ahora bien, ¿cuál será el acuerdo con el tío Sam? Las cifras citadas anteriormente lo muestran elocuentemente. “Acepta el régimen, he ahí el único acuerdo posible. Y si no lo quieres, prepárate para la guerra.”

Hasta el presente, Inglaterra ha retrocedido paso a paso ante Norteamérica. Así, muy recientemente, el presidente Harding invitó a Francia, Japón e Inglaterra a ir Washington, y le propuso tranquilamente a esta última limitar el desarrollo de su flota. Como es sabido, antes de la guerra Inglaterra se adscribía al principio según el cual su flota de guerra tenía que ser superior a las flotas reunidas de las dos potencias navales más fuertes tras ella. Estados Unidos ha acabado con este estado de cosas. En Washington, Harding comenzó su discurso, a su conveniencia, diciendo que “la conciencia de la civilización se ha despertado” y terminó declarando que la proporción de nuestras fuerzas navales será la siguiente: Inglaterra, 5; Estados Unidos, 5 (mientras tanto); Francia, 3; Japón, 3, ¿Por qué esta correlación? Antes de la guerra, la flota norteamericana era mucho más débil que la flota inglesa. Durante la guerra ha aumentado considerablemente. Cuando los ingleses hablan del peligro que representa la flota de los norteamericanos estos últimos responden: ¿Para qué hemos construido esa flota? ¿no lo hicimos para defender las Islas Británicas de los submarinos alemanes?” he ahí para qué, supuestamente, se construyó esa flota. Pero puede servir también para otros objetivos.

¿Por qué Estados Unidos ha recurrido al programa de limitación de armamentos de Washington? No porque no puedan construir bastante rápidamente navíos de guerra, grandes naves de línea. En el dominio de la construcción, nadie puede soñar en igualarles. Pero es imposible crear, instruir y formar rápidamente a los cuadros necesarios de marineros; para ello hace falta tiempo, y este es el motivo de la tregua de diez años que se han concedido los norteamericanos en Washington. Cuando defienden el programa de limitación de los armamentos navales, las revistas norteamericanas

escriben en resumidas cuentas: “Si no queréis poneros de acuerdo con nosotros haremos navíos de guerra como se hacen pequeños panes”. En cuanto a la respuesta de la revista marítima inglesa oficial ha sido aproximadamente esta: “Estamos dispuestos a un acuerdo pacífico, ¿para qué amenazarnos?” Esta respuesta refleja la nueva mentalidad de los dirigentes ingleses. Se acostumbran a la idea que es necesario someterse a Norteamérica y que lo máximo que se le puede reclamar a ésta es que sea cortés. Todo esto es también lo que puede esperar de Norteamérica la burguesía europea el día de mañana.

Inglaterra, en su rivalidad con Estados Unidos, no puede hacer otra cosa más que retroceder. Con esos retrocesos sucesivos, el capital inglés compra una participación en los negocios del capital norteamericano, y así se tiene la impresión de un bloque capitalista anglosajón. Se salva la fachada, y no sin provecho pues Inglaterra recoge beneficios importantes, pero debe replegarse ante Norteamérica, debe cederle el sitio. Norteamérica refuerza sus posiciones mundiales, Inglaterra se debilita. Muy recientemente ha renunciado a fortificar Singapur. Ahora bien, Singapur es la llave del Océano Índico y del Pacífico, una de las más importantes bases de la política inglesa en el Extremo Oriente. Pero Inglaterra puede mantener su política en el Pacífico, ya con Japón contra Norteamérica, ya con Norteamérica contra Japón. Se habían asignado sumas formidables para las fortificaciones de Singapur. Colocado en la alternativa de marchar junto a Norteamérica contra Japón o junto a Japón contra Norteamérica, Mac Donald ha renunciado a fortificar Singapur. Cierto que el imperialismo inglés no ha dicho todavía la última palabra y puede que Inglaterra vuelva a considerar su consentimiento, pero para Inglaterra se trata de su renuncia a una política independiente en el Pacífico. Ahora bien, ¿quién le ha ordenado que rompa con Japón? Norteamérica. Esta última le ha dirigido un ultimátum formal e Inglaterra se ha inclinado, ha denunciado su alianza con Japón.

En estos momentos Inglaterra cede, se bate en retirada. Pero ¿esto quiere decir que siempre deba ser así y que esté excluida la guerra? En absoluto. Las concesiones actuales de Inglaterra no harán más que aumentar sus apuros. Bajo el manto de la colaboración se acumulan antagonismos formidables. La guerra estallará fatalmente pues Inglaterra no consentirá jamás verse relegada al segundo puesto y que su imperio se reduzca. En determinado momento se verá forzada a movilizar todas sus fuerzas para resistirse a su rival. Pero en la lucha abierta todas las posibilidades, hasta donde se puede juzgar, están de lado de Norteamérica.

Inglaterra es una isla y Norteamérica también es una isla en su género, pero más vasta. En su existencia diaria, Inglaterra depende completamente de los países de ultramar. Sin embargo en Norteamérica existe todo lo necesario para la existencia y la guerra. Inglaterra tiene colonias en todos los puntos del globo, y Norteamérica se pondrá a “liberarlas”. Desde el mismo momento en que entre en guerra con Inglaterra llamará a los centenares de millones de hindús y los invitará a levantarse para defender sus derechos nacionales intangibles. Actuará igualmente en Egipto, Irlanda, etc. Igualmente que para ahogar a Europa se ha vestido ahora con el manto del pacifismo, intervendría durante su guerra con Inglaterra como la gran liberadora de los pueblos coloniales.

La historia favorece al capital norteamericano: para cada atraco a mano armada le sale una consigna de emancipación. En Europa, Estados Unidos pedía la aplicación de la política de “puertas abiertas”. Japón quiere desmembrar China y meter mano en algunas de sus provincias porque no tiene ni hierro, ni carbón, ni gasolina, y China posee de todo eso. No puede vivir, ni hacer la guerra, sin carbón, sin hierro ni gasolina, lo que le deja en condiciones considerablemente inferiores en su lucha contra Estados

Unidos. Por ello trata de apoderarse por la fuerza de las riquezas de China. ¿Y qué hace Estados Unidos? Dice: “¡Puertas abiertas en China!” ¿Qué dice Norteamérica sobre los océanos?” “¡Libertad de mares!”. Esta es una consigna que suena bien. ¿Qué significa en realidad? “¡Flota inglesa, apártate un poco y déjame pasar!” El régimen de puertas abiertas en China quiere decir: “japonés, apártate, déjame vía libre”. Se trata en resumidas cuentas de conquistas económicas, de pillajes. Pero gracias a las condiciones especiales en las que se encuentra Estados Unidos su política reviste una apariencia de pacifismo, a veces incluso de factor de emancipación.

Inglaterra tiene también, evidentemente, inmensas ventajas. En primer lugar posee puntos de apoyo, bases navales y militares en todo el mundo, que Norteamérica no tiene. Pero todo ello se puede crear o coger por la fuerza, poco a poco; además, los puntos de apoyo de Inglaterra están ligados a su dominación colonial y, en consecuencia, son vulnerables. Norteamérica, como es más fuerte, encontrará aliados y auxiliares en el mundo entero y, al mismo tiempo, las bases necesarias. Si ahora se vincula con Canadá y Australia gracias a la consigna de la defensa de la raza blanca contra la raza amarilla, y en el fondo gracias a su derecho a la preponderancia militar y naval, en el estadio siguiente de su evolución, puede que muy próximo, declarará que los hombres de color amarillo también fueron creados a imagen y semejanza de Dios y que, en consecuencia, tienen el derecho a cambiar la dominación de Inglaterra por la de Norteamérica. En una guerra con Inglaterra, Estados Unidos tendría una terrible ventaja pues, desde el primer día, podrían llamar a los hindús, egipcios y otros pueblos coloniales, a la insurrección, armarlos y sostenerlos. Inglaterra se verá obligada a reflexionar sobre ello dos veces antes de decidirse a la guerra. Pero si no quiere arriesgarse a la guerra se verá obligada a replegarse paso a paso bajo la presión del capital norteamericano. Para hacer la guerra se necesita a los Lloyd George y Churchill; para retroceder sin combate se necesita a los Mac Donald.

Lo que acabamos de decir sobre las relaciones de Estados Unidos e Inglaterra se aplica a las relaciones de Estados Unidos con Japón, con Francia y el resto de estados europeos secundarios. ¿De qué se trata actualmente en Europa? De Alsacia-Lorena, del Ruhr, de la cuenca del Sarre, de Silesia, es decir de algunos miserables fragmentos, de algunas franjas de territorio. Durante este tiempo Norteamérica edifica su plan y se prepara para poner a todo el mundo a régimen. Contrariamente a Inglaterra, no se propone poner en pie un ejército, una administración para sus colonias, incluyendo a Europa; no, les “permitirá” a estas últimas que mantengan el orden reformista, pacifista, anodino, con ayuda de la socialdemocracia, de los radicales y del resto de partidos pequeñoburgueses, y les demostrará que deben agradecerle que no haya atentado contra su “independencia”. He ahí el plan del capital norteamericano, he ahí el programa sobre que se reconstruye la II Internacional.

Las perspectivas de guerra y revolución

Este programa norteamericano de puesta bajo tutela del mundo entero no es en absoluto un programa pacifista; por el contrario, está preñado de guerras y conmociones revolucionarias. Norteamérica no sigue desarrollando su flota sin motivos. Construye activamente cruceros ligeros y rápidos, submarinos y navíos auxiliares. Y cuando Inglaterra se atreve a protestar en voz baja, le responde: “recordad que no solamente tengo que tener en cuenta a Japón; sin embargo Japón posee una enorme cantidad de cruceros ligeros, y me hace falta restablecer la proporción que, como sabéis, es de 5 a 3”. Y es imposible responder a eso pues Estados Unidos, según su propia expresión, hace navíos de guerra como pequeños panes. He ahí la perspectiva de la próxima guerra

mundial, de la que el Océano Atlántico y el Océano Pacífico serán la arena, suponiendo que la burguesía puede continuar gobernando el mundo durante un período todavía bastante largo. Es bastante inverosímil que la burguesía de todos los países consienta verse relegada a segundo plano, a convertirse en vasalla de Norteamérica sin intentar al menos resistirse. En efecto, Inglaterra tiene un apetito formidable, un furioso deseo de mantener su dominación en el mundo. Los conflictos militares son inevitables. La era del norteamericanismo pacifista que parece abrirse en estos momentos sólo es una preparación para nuevas guerras monstruosas.

Al interrogante de las posibilidades del reformismo europeo actual, interrogante que es el punto principal de mi exposición, tenemos que responder: estas posibilidades son, hasta cierto momento, directamente proporcionales a las del “pacifismo” imperialista norteamericano. Si la transformación de Europa en dominio norteamericano triunfa, es decir no tropieza durante los próximos años con la resistencia de los pueblos, si no aborta a consecuencia de la guerra o la revolución, la socialdemocracia europea, sombra del capital norteamericano, conservará hasta cierto tiempo su influencia, y Europa se mantendrá en un equilibrio inestable, construido de restos de su antigua potencia y por elementos de su nueva vida organizada siguiendo el régimen fijado por Norteamérica. Todo ello estará recubierto por una amalgama ideológica de axiomas de la socialdemocracia europea y de principios “pacifistas” de los cuáqueros norteamericanos. Así pues, no hay que preguntarse cuáles son las fuerzas de la socialdemocracia europea sino cuáles son las posibilidades del capital norteamericano de mantener el nuevo régimen en Europa financiando parsimoniosamente a esta última. Es imposible hacer sobre la cuestión predicciones exactas y, con mucha más razón, fijar plazos. Nos es suficiente con entender el nuevo mecanismo de las relaciones mundiales, con darnos cuenta de los factores esenciales que determinarán la situación en Europa, para poder seguir el desarrollo de los acontecimientos, para aprovechar los zigzags políticos de la socialdemocracia europea y, con ello, reforzar las posibilidades de la revolución proletaria.

Los antagonismos que prepararon la guerra imperialista y la desencadenaron sobre Europa hace ahora diez años, mantenidos por la paz de Versalles e intensificados por la lucha de clases en Europa, subsisten incontestablemente. Y Estados Unidos chocará con esos antagonismos en toda su agudeza. Racionar a un país hambriento es cosa difícil, lo sabemos por experiencia; es cierto que lo hicimos bajo otras condiciones, basándonos en otros principios, sometiéndonos a la necesidad de luchar para salvar a la revolución. Pero hemos podido constatar que el régimen de raciones de hambre estaba ligado a perturbaciones crecientes, que al fin de cuentas llevaron a la insurrección de Cronstadt. Ahora, empujada por la lógica del imperialismo rapaz, Norteamérica lleva a cabo una gigantesca experiencia de racionamiento en diversos países. Ese plan chocará en su realización con las luchas de clase y con luchas nacionales encarnizadas. Cuanto más se transforme la potencia del capital norteamericano en potencia política, y más se desarrolle internacionalmente el capital norteamericano, los banqueros norteamericanos mandarían más sobre los gobiernos de Europa, y más fuerte, centralizada y decisiva será la resistencia de las masas proletarias, pequeñoburguesas y campesinas de Europa, pues hacer de Europa una colonia no es tan simple como creen ustedes señores norteamericanos. (*Aplausos*)

Asistimos al principio de ese proceso. Ahora, por primera vez, tras una serie de años, el proletariado alemán hambriento acaba de sentir un débil alivio para sus males. Cuando el obrero está completamente agotado, cuando ha sufrido durante mucho tiempo el hambre, es sensible al más ligero alivio. Este alivio es, en estos momentos, la estabilización del marco, la estabilización de los salarios, que ha llevado a cierta

estabilización política de la socialdemocracia alemana. Pero esa estabilización sólo es temporal. Norteamérica no se dispone en absoluto a aumentar la ración alemana y, en particular, la parte que debe tocarle al obrero alemán. Al obrero francés le pasará lo mismo más tarde, y también el obrero inglés. Pues ¿qué necesita Norteamérica? En perjuicio de las masas trabajadoras de Europa y el mundo entero, necesita asegurar sus beneficios, y con ello, consolidar la situación privilegiada de la aristocracia obrera norteamericana. Sin ésta última, el capital norteamericano no puede mantenerse; sin Gompers y sus trade-unions, sin obreros calificados bien pagados, el régimen político del capital norteamericano se hundirá. Sin embargo, no se puede mantener a la aristocracia obrera norteamericana en una situación privilegiada más que reduciendo a la “plebe”, al “populacho” proletario de Europa, a un régimen estricta y parsimoniosamente medido.

Pero cada vez le será más difícil a la socialdemocracia europea predicar ante las masas obreras el evangelio del norteamericanismo. La resistencia de los obreros europeos al dueño de dueños, al capital norteamericano, devendrá centralizada de más en más. La importancia directa, práctica y combativa de la consigna de la revolución europea y de su forma estatal “Estados Unidos de Europa” se hará cada vez más evidente para los obreros europeos.

¿Cómo intoxica la socialdemocracia la conciencia de los obreros europeos? Somos una Europa fragmentada, despiezada por la paz de Versalles, les dice; no podemos vivir sin Norteamérica. Pero el partido comunista europeo dirá: mentís; si queremos, podremos. ¿Quién nos obliga a ser una Europa fragmentada? Podemos llegar a ser una Europa unificada. El proletariado revolucionario puede unificar Europa, transformarla en Estado Unidos proletarios de Europa. Norteamérica es potente. Contra Gran Bretaña, que se apoya en sus colonias en el mundo entero, Norteamérica es todopoderosa. Pero contra una Europa proletaria-campesina unificada, fundida en una sola Unión Soviética con Rusia, Norteamérica será impotente.

Esto es lo que siente el capital norteamericano. No hay enemigo más encarnizado del bolchevismo que él. La política de Hughes no es fantasía, capricho, es la expresión de la voluntad del capital norteamericano que ahora entra en la época de la lucha abierta por la supremacía mundial. Ya choca con nosotros porque las vías que llevan a China y Siberia pasan por el océano Pacífico. El imperialismo norteamericano acaricia el sueño de colonizar Siberia.

Pero ahí hay defensa. Tenemos el monopolio del comercio exterior. Tenemos las bases socialistas de la política económica. Este es el primer obstáculo para el capital norteamericano. Y cuando éste penetra en China, gracias a la política de puertas abiertas, allí no encuentra entre las masas populares la religión del norteamericanismo sino el programa político del bolchevismo traducido al chino. En boca de los coolies y campesinos chinos no están los nombres de Wilson, Harding, Coolidge, Morgan y Rockefeller. En China y en todo el Oriente, lo que se pronuncia con entusiasmo es el nombre de Lenin. Los Estados Unidos pueden socavar la potencia de Inglaterra solamente con las consignas de liberación de los pueblos. Para ellos esas consignas sólo sirven para velar una política de conquista. Pero en Oriente, junto al cónsul, al comerciante, al profesor y al periodista norteamericano, están los luchadores, revolucionarios que han sabido traducir a su lengua el programa emancipador del bolchevismo. En todas partes, tanto en Europa como en Asia, el norteamericanismo choca con el bolchevismo revolucionario. Bolchevismo y norteamericanismo imperialista son los dos factores de la historia contemporánea.

En 1919, en el momento de la llegada de Wilson a Europa, cuando toda la prensa burguesa hablaba de Wilson y Lenin, bromeando con este último le dije: “Lenin y

Wilson, he ahí dos principios apocalípticos de la historia contemporánea”. Vladimir Illich se puso a reír. Ni yo mismo preveía entonces hasta qué punto se vería justificada por la historia esa broma. El leninismo y el imperialismo norteamericano son los dos únicos principios que luchan ahora en Europa y la suerte de la humanidad depende del resultado de esa lucha.

Nuestro enemigo norteamericano está mucho más unido y es mucho más potente que nuestros enemigos dispersos de Europa, pero concentra a los obreros europeos. Ahora bien, precisamente en la concentración es donde radica nuestra fuerza. La reconstrucción de la II Internacional sólo es el indicativo del hecho que el proletariado europeo está obligado a agruparse en una más vasta escala y a luchar no en el marco nacional sino en el marco continental. Y a medida que las masas obreras sientan la necesidad de la resistencia y ampliación de la base de esa resistencia las ideas revolucionarias tomarán la delantera. Y cuanto más revolucionarias sean las ideas que invadan a las masas, más favorable será el terreno para el bolchevismo. Cada éxito del norteamericanismo contribuirá a centralizar y extender a la vez la lucha a favor del bolchevismo. El futuro es nuestro.

Puesto que hablo en una asamblea convocada por la Sociedad de Amigos de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, permitidme decir que mi crítica marxista revolucionaria del norteamericanismo no significa que condenemos a este último en bloque, que renunciemos a aprender de los norteamericanos aquello que podamos y debamos asimilar de sus buenos aspectos. Nos faltan su técnica y sus procedimientos de trabajo. El postulado de la técnica es la ciencia: ciencias naturales, físicas, matemáticas, etc. Ahora bien, nos es preciso acercarnos lo más posible a los norteamericanos en ese punto. Necesitamos acorazar al bolchevismo con lo norteamericano. Hasta el presente hemos podido resistir. Sin embargo, la lucha puede revestir proporciones más amenazantes. Para nosotros es más fácil acorazarnos con lo norteamericano que para el capital norteamericano poner a Europa y al mundo entero a régimen. Si nos acorazamos con la física, con las matemáticas y la técnica, si norteamericanizamos nuestra industria socialista todavía débil, podremos decir, con una certeza decuplicada, que el futuro está completa y definitivamente con nosotros. El bolchevismo norteamericanizado vencerá, aplastará al norteamericanismo imperialista. (*Aplausos*)

Valencia, mayo de 2017
germinal_1917@yahoo.es
www.grupgerminal.org

Edicions internacionals Sedov



A cien años de la revolución proletaria de 1917